

# LIBROS

## Seix y Barral, segundo acto

Moquetas malvas y línea decorativa «revival liberty». Estábamos en el restaurante Via Veneto, circunstancialmente convertido en un salón literario. Las Mme. Recamier de la Ciudad Condal cuentan y no paran. Lo que cuentan no lo sé. Poetas menores de edad, más o menos neocapitalinos y precariamente (más bien diría que muy poco) neocapitalistas. Mucha gauche divine y algún que otro elemento de la droite divine. Ni sombra de la gauche satanique, ni sombra de la droite satanique. Yo deduciría que las incómodas clasificaciones de derecha e izquierda están ampliamente superadas por la de los divinos y los satánicos. En Via Veneto, pleno ambiente divino.

Se habla del «caso Barral». No podía ser de otra manera. Toda esta gente aguarda la decisión del Jurado del Premio Biblioteca Breve, que está reunido y que de un momento a otro comunicará su decisión. Un Jurado variopinto en el que coexiste el realismo social con el realismo andino, la imaginación esquizofrénica y el marketing marcusiano. Un solo representante del realismo mágico: Félix de Azúa. Sin duda, el suyo es un realismo mágico porque no estaba.

—Está en la miti y escribe cartas entusiasmadas sobre las vivencias marciales.

Comenta alguien. ¡Oh, estos imprevisibles poetas neocapitalinos! ¿Habrá premio? ¿No habrá? De momento no asistió al acto ni un miembro de Seix-Comas. Si asistieron, en cambio, Rafael Soriano y Rosa Regás, las dos víctimas laborales del imposible menage-à-trois Seix-Comas-Barral.

La situación a uno le recuerda aquellas galas del Liceo en las que las esposas legales pillaban un soponcio cuando divisaban a la «otra» en tercera fila.

Y aparece el Jurado.

Se lee su sublime decisión. No tiene desperdicio:

«Reunidos en Barcelona el 3 de marzo de 1970, José María Castellet, Salvador Clotas, Juan García Hortelano, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, miembros del Jurado del Premio Biblioteca Breve 1970, y ausente Félix de Azúa.

### DECLARAN:

Que en fecha de hoy han tenido conocimiento del estado en que se encuentran los problemas planteados en la Editorial Seix y Barral y de que se han iniciado negociaciones que implican la posibilidad de una partición amistosa, lo cual modifica a su juicio, esencialmente, las condiciones en que fue convocado el premio.

Que el Premio Biblioteca Breve ha adquirido un prestigio internacional.

cuál era la situación real derivada de las negociaciones.

—¿Y qué ha dicho Juan Donoso?

Esto es lo que preocupaba sobre manera a gran parte del público. Juan Donoso, desde Vallvidrera, debía estar aguardando el telefonazo con la noticia del premio. Juan Donoso es un escritor con perro. Pertenecía a la clase social de escritores con perro. Tiene una esforzada biografía llena de matices: chileno, trabajador del puerto, estudios en Estados Unidos. Es uno de los quince novelistas latinoamericanos que constituyen la vanguardia de los quinientos mil que esperan su aparición pública en la década de los setenta. Para los últimos veinte años de siglo se asegura que 3.458.000 novelistas latinoamericanos afilan la pluma en las escuelas asimismo latinoamericanas. Creemos que la

## Lezama Lima, visto por Goytisolo

El poeta José Agustín Goytisolo, cuyo conocimiento de la cultura y especialmente de la lírica cubana nadie supera entre nosotros, ha sido el mediador y el introductor de esta edición de varios trabajos de José Lezama Lima, fechados hace veinte años, cuando ni siquiera se vislumbraba la revolución fidelista («Esferaimagen», «Sierpe de don Luis de Góngora», «Las imágenes posibles», «Tusquets Editor»). El libro, muy breve —perteneció a la colección «Cuadernos Marginales», cuenta con una presentación en verso del propio Goytisolo, y antes de entrar en el texto de Lezama podemos conocer una imagen poética del escritor trazada por el cubano Heberto Padilla, integrado de nuevo en el proceso de transformación social de su país con un puesto importante en la Universidad de La Habana. Para esta edición, Lezama ha enviado una «introducción» aclaratoria de sus relaciones con la literatura de Góngora que, efectivamente, no aclara nada, como ya señalan los editores, pero que nos permite el acceso al concepto que el poeta de la calle habanera de Trocadero tiene de los escritores y de la literatura.

Se conoce el estilo de Lezama: culto, conceptual, barroco, complejo (como «Paradiso» se ha difundido mucho en España el pasado año, lo que formulamos no es nuevo para nadie), vuelto hacia los mitos clásicos, la fábula pagana o la lírica cristiana; estilo difícil en la noción más popular de esta palabra, que posee un raro encanto y revela una poderosa imaginación. Parece obvio su parentesco con don Luis de Góngora y resulta extraño que no se haya notado con anterioridad, aunque nada hay, por supuesto, de común entre el Góngora sobrio de la España de la gran literatura y la pobreza socialmente generalizada, y el Lezama vitalista de los cruciales años cubanos. La relación se establece en el nivel de la preocupación por los vínculos entre el pensamiento y la palabra, de la acabada expresión de las ideas. Lezama se define muy bien en la introducción, inédita, enviada para este libro: «¿Lo que más admiro en un

escritor? Que maneje fuerzas que lo arrebaten, que parezcan que van a destruirlo. Que se apodere de ese reto y disuelva la resistencia. Que destruya el lenguaje y que cree el lenguaje. Que durante el día no tenga pasado y por la noche sea milenario... Que se acerque a las cosas por apatito y que se aleje por repugnancia». ■ E. G. R.

## Tolstoi, el profeta amargo

Hay ciertas frases, ciertos escritos que, leídos muchos años después de su tiempo, parecen dotados del don de la profecía. Un breve volumen póstumo de León Tolstoi, publicado ahora en inglés («The law of love and the law of violence», editado por Anthony Blond en Londres, traducción de Mary Tolstoi), desprende esta brisa de visión del futuro que es nuestro presente. Unidas sus palabras a su imagen de mujik místico con su poblada barba, blanca como la bandera de paz y de amor sobre los que construyó su vida finalmente amarga, les dan el aspecto misterioso de iluminación:

«Cada paso que hoy damos hacia el progreso material, no sólo no nos acerca hacia el bienestar general, sino que nos muestra, por el contrario, que todos los adelantos técnicos sólo aumentan nuestras miserias. Uno puede imaginar otras máquinas, submarinas, subterráneas y aéreas, para transportar a los hombres con la rapidez del relámpago; uno puede multiplicar al infinito los medios de propagar la palabra y el pensamiento humano, pero siempre será el caso de que estos viajeros tan cómodos y velozmente transportados no querrán ni serán capaces de realizar más que el mal, y los pensamientos y las palabras que transmitan solamente incitarán al hombre a perpetrar mayores daños. Y con respecto a los armamentos, hermosamente perfeccionados, de destrucción que, mientras disminuyen los riesgos de quienes los emplean, hacen más fáciles las matanzas, únicamente pueden constituir una prueba de la imposibilidad de perseverar en la dirección por la que caminamos».



Juan García Hortelano, Carlos Barral, García Márquez, Vargas Llosa, Salvador Clotas y J. M. Castellet, miembros del Jurado del Premio Biblioteca Breve; ausente, Félix de Azúa.

Que el premio, en su origen, historia y comunidad, está indisolublemente vinculado a la persona de Carlos Barral.

Por todo ello, estiman en conciencia, y por el compromiso moral contraído con los escritores concursantes, que no deben otorgar el premio hasta que se defina la situación de la editorial y la de Carlos Barral.

Aplausos. Algún ¡oh! de encanto.

—¿Pero es que no sabiais ya lo del lío?

—Hasta hoy no sabiamos

Seix y Barral ha hecho más por la Hispanidad que el Instituto de Cultura Hispánica.

Carlos Barral ha protagonizado íntegramente este segundo acto. El drama va adquiriendo contornos de desafío. El Jurado se ha mostrado decididamente apiñado en torno a este capitán Acaad, de cuarenta años, totalmente orlado por grises y lacios cabellos. El capitán Acaad de Calafell parece muy afectado moralmente. Es como si estuviera descubriendo que la ballena blanca no existe. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Este libro fue publicado en 1909. El hecho de que la censura se encarnizase con él de una manera violenta, prueba que no era una simple profecía de iluminado, sino una verdadera crítica social, actual en aquel momento. El libro no se publicó completo hasta 1956, en las obras completas editadas en la URSS, y ello es lo que le da carácter de póstumo.

«La vida en Iasnaia-Polana —su casa— está envenenada. Una cosa me atormenta, cada vez más: la iniquidad del lujo

narrador en Dostoiewski que en el propio Tolstoi. La biografía que le ha dedicado Henri Troyat (Lev Tarassov es su verdadero nombre: un ruso criado en París, novelista francés, popular e inagotable), conserva todos los caracteres novelescos. Huérfano de padre y madre antes de los cuatro años, estudiante frustrado, militar frustrado, jugador con mala suerte pertinaz, enormemente sexual —su diario está lleno de relatos de aventuras; su mujer, que era frígida, quedó embarazada dieciséis veces, lo cual



en medio de la injusta miseria que me rodea me parece cada día más penosa... He llegado a preguntarme si no sería mejor que me escapase, que me ocultase...». Estas palabras corresponden al «diario» de Tolstoi, en el verano de 1908. Es decir, más o menos cuanto estaba redactando su «Ley del amor y ley de la violencia». Tenía ya ochenta años. Huida tardía. La emprendió ya en el umbral de la noche, y es una de las páginas más fascinantes de una biografía novelesca. En plena noche, el octogenario escapó de su casa. Le persiguió la esposa, los hijos. A esta persecución se unieron inmediatamente periodistas, fotógrafos y operadores de todo el mundo. Tolstoi no pasó de la estación de Astopovo, donde se encontró enfermo. El jefe de estación le cedió su propia casa y allí murió de pulmonía doble, unos días después.

Este fue el final de una vida que hubiese encontrado mejor

constituyó la mayor tortura de su vida y probablemente la causa del mayor resentimiento—, convirtiéndose cada imagen de su vida en un símbolo, en una iluminación, perseguido al mismo tiempo por el poder, por los revolucionarios y por la Iglesia ortodoxa, propietario y enemigo de la propiedad privada, Tolstoi vivió la vida amarga de quien no considera lícita más que la utopía.

Uno de los párrafos censurados de este libro dice así:

«Cuando, entre un centenar de hombres, uno de ellos domina a los otros noventa y nueve, hay iniquidad, hay despotismo. Cuando diez hombres dominan a noventa, es la injusticia, la oligarquía. Cuando cincuenta y uno dominan a cuarenta y nueve (y esto es solamente en teoría, porque en realidad entre esos cincuenta y uno hay diez y once años), entonces hay justicia, hay libertad. ■ HARO TECNOLÓGICO.

## GIRONELLA Y SU PÚBLICO

José María Gironella acaba de hacer, en «Los domingos de "ABC"», un extravagante «Viaje en torno al mundo literario español», al que estas modestas sugerencias quisieran servir de sumaria guía del viajero. Se ha despistado Gironella muchas veces en tan corto periplo y aun nos parece que en esos despistes tienen su parte, a medias, la buena fe del forastero y un explicable mal humor. «ABC» supone que las afirmaciones del autor de «Los fantasmas de mi cerebro» encenderán sin duda una larga polémica. Estas palabras, en todo caso, no van dichas en tono de discusión, sino de «explicación», más o menos sociológica, de algo que nos interesa más que la obra en sí —y, por supuesto, que la persona— de José María Gironella: el fenómeno Gironella, el caso, si se prefiere, en lo que tiene de típico y, por tanto, de «explicativo» del medio social en que se produce. No nos detendremos, en cambio, en discutir los denuestos o las dudas del autor contra la vigencia literaria de un Gabriel García Márquez, de un Carpentier o de un Cortázar. Si es verdad —y lo es, en parte: ahí está una reciente polémica para probar que la adhesión es relativa y, en consecuencia, reflexiva—, si es verdad que los críticos jóvenes vienen dando sus preferencias a la narrativa latinoamericana, por algo será, además del ingenuo *activismo* ideológico en el que insiste Gironella. Toda literatura se «explica» como reflejo de una estructura de la sociedad, por más que se desgañite la crítica llamada «liberal» en torno al mito de la *espontaneidad* o de la *inspiración*, como se decía antes. Estas notas quieren aproximarse a una explicación de Gironella y de su obra en el contexto de la sociedad española de posguerra. Una explicación sumaria y provisional, es cierto, pero que pretende, en todo caso, no simplificar hasta el extremo que lo hace, desde su terraza junto al mar, este escritor de cabotaje tan ilustre que no perdona a los sufridos críticos de treinta años ajenas predilecciones.

El éxito de Gironella se debió fundamentalmente a su capacidad para presentar, en términos asimilables por el sistema, un tema —como la

guerra— que ya empezaba a resultar molesto en el marco retórico de una política obligatoriamente «moderada» y, por eso mismo, «conciliante». Era preciso someter a un tratamiento soleado la amenaza de retortijón que supone una guerra enterrada. A Gironella se le entregaron las llaves del sarcófago —hasta ese momento guardadas con celo— para que exhumara en exclusiva un secreto a voces, lo colgara al oreo y lo expusiera a público debate, en la seguridad de que, agotada la curiosidad, el tema perdería su capacidad corrosiva. Así fue cómo Gironella se hizo rico en su papel de forense neutral, de grave notario de una reyerta oxidada por el tiempo y el sentido común y, todo hay que decirlo, de prestidigitador que escamoteaba hábilmente un presente tremebundo llamando la atención sobre un pasado que, si explicaba muchas cosas, la verdad es que más valía olvidar. No es que nosotros le neguemos el recurso legítimo de escribir de la guerra: es que pensamos que hablar de la guerra bien podía ser un expediente para no hablar de lo que vino después. Sólo en este sentido, hemos dicho alguna vez que la guerra no nos interesa: como excusa del presente, como pretexto disuasor. Entre nosotros se va abriendo

paso una creencia minoritaria en el hombre frente a la anti-gua credulidad en el humanismo, en los juegos florales, en la evocación. Ha cambiado, si se quiere, lo que pudiéramos llamar el criterio espacial de la preocupación, en el sentido de ampliar ésta en un plano que no admite soluciones de continuidad artificiales como una frontera, o un color, o un pasado, de tal modo que los hombres empiezan a pensar en términos verdaderamente universales. La guerra de Marruecos podía parecer lejana cuando había que echarle quince días de paciencia para ir de Madrid a Ceuta; hoy, por esta y otras razones, un genocidio en Biafra nos parece a muchos tan próximo y su sangre tan colorada como la de Brunete o Valsequillo. Por eso —aun renunciando de modo expreso al criterio arqueológico-romántico desde el que se escribió buena parte de la obra de Gironella— nuestra preocupación tiende hoy a incluir, entre otras cosas, eso que Gironella resume como «los pueblos explotados o esclavos».

Para centrar la prometida «explicación» del fenómeno Gironella conviene recordar la diferencia que la gimnástica jerga de los sociólogos americanos establece entre «Alta Cultura», «Mid-Cult» y «Mass

